

rrollo de los estudios sociolingüísticos en Hispanoamérica en el lapso de 1972 a 1986.

PILAR MÁYNEZ

Miguel León-Portilla, *Literaturas indígenas de México*, Editorial MAPFRE, Madrid, 1992, [Colecciones MAPFRE].

Varios son los propósitos con que se ha escrito este trabajo. Uno es mostrar que, a pesar de destrucciones y pérdidas, hay una riqueza extraordinaria de expresiones, dejadas por la civilización que a lo largo de milenios ha florecido en tierras mexicanas. Otro propósito es poner al descubierto la trama y la urdimbre de un gran tejido cultural, elaborado con hilos de múltiples colores, que son los de la expresión en náhuatl, maya, mixteca y otras lenguas. En ese gran tejido, por encima de diferencias y cambios, se percibe el estilo inconfundible de la expresión de los indígenas que, a través de muchos milenios, han sido creadores de cultura en México. Y, por supuesto, entre los objetivos que conlleva este libro está propiciar el disfrute del corpus o tesoro de estas literaturas.

Con estas palabras abre el *Prefacio* de su libro el doctor Miguel León-Portilla, palabras que nos señalan el propósito que lleva al autor a adentrarnos por los laberintos de aquellas literaturas que, lejos de estar perdidas, son lenguas vivas con expresión propia que han perdurado a lo largo de muchos siglos. La tarea no es fácil, por el contrario, el lenguaje de estos pueblos se remonta en el pasado y están presentes hoy día, ya sea en su expresión hablada o escrita, y dentro de esta última tenemos diversas maneras de representarlas como aquellas que utilizaron los diversos pueblos mesoamericanos antes de la conquista europea, que con su genio creativo las dejaron plasmadas en los códices, en el muro, en la piedra, en el barro . . .

El autor ha dividido el libro en siete capítulos a través de los cuales nos va marcando el hilo conductor del contenido del mismo. En la Introducción previa nos presenta el panorama cultural, el espacio y tiempo en que se dieron estas exposiciones y cómo aún alientan en el México actual. A continuación se desarrollan los capítulos de los que vale la pena que hagamos mención especial a los dedicados al mundo prehispánico, ya que contienen riqueza de información sobre el tema

y reúnen lo que hasta el momento se ha escrito acerca de la literatura indígena a lo largo del tiempo y en sus diversas expresiones.

Así, en el capítulo 1 que lleva por título "Los más antiguos testimonios, siglos VIII a. C.-X d. C.", León-Portilla se ocupa de la presencia de la cultura olmeca y cómo en ella tenemos testimonios en toda una serie de representaciones en piedra, en las que ya podemos atisbar escenas y glifos como otras tantas maneras de indicar conceptos específicos. Tal es el caso del Altar 3 de La Venta, que representa personajes dialogando, o los monumentos 19 y 13, en donde en el caso de este último vemos a un individuo de perfil con tres glifos al frente y detrás de él otro más en forma de un pie que, según nuestro autor, bien puede indicar que el personaje se dirige a un determinado rumbo. Este glifo del pie con ese significado lo vamos a ver presente en varias culturas posteriores.

A continuación se refiere a la llamada "Hacha de Humboldt", citando la interpretación que de la misma ha hecho el doctor Michael Coe. Sin embargo, nos interesa transcribir lo que León-Portilla asienta acerca de los olmecas y su influencia en las diversas culturas mesoamericanas, a partir de las escenas representadas en estelas y altares de esta civilización. Dice el autor:

En tales representaciones, que integran muchas veces escenas de la existencia humana y divina, surge una forma de expresión que perdurará a lo largo de la evolución cultural de Mesoamérica. Más tarde, en las estelas mayas, en las pinturas murales teotihuacanas, en las de las cámaras mortuorias de los mixtecos, en los códices o libros indígenas y en la riqueza del arte escultórico de los mexicas o aztecas, la representación de imágenes de hombres y dioses, plantas y animales, acompañadas de caracteres glíficos, seguirá siendo el medio de expresión por excelencia.¹

Y atendiendo a este orden, enseguida se refiere a las lápidas y estelas de Monte Albán, en especial a las más antiguas como son las de los "Danzantes", así como a la estela 14, visible en el edificio "J" y que, según interpretó don Alfonso Caso, se trata del registro de alguna conquista militar. A continuación hace ver León-Portilla la importancia de los sistemas calendáricos y las fechas presentes en relieves y en otras formas dentro de varias culturas, además de lo que significa encontrar

¹ Miguel León-Portilla, *Literaturas Indígenas de México*, Madrid, Editorial MAPFRE, 1992, p. 43.

verdaderas narrativas míticas visibles en estelas como las de Izapa, en donde presta especial atención a la estela 5.

En el caso de los mayas clásicos, destaca la existencia de las estelas y de la cerámica con su rico contenido glífico. Actualmente se ha podido descifrar en parte muchos de los glifos mayas y sobre esto apunta el autor:

Se han descifrado cerca de ochocientos glifos, los cuales suelen presentarse en combinación, incluidos en una especie de rectángulo o cuadrado. Asumen así la apariencia de lo que se ha llamado un cartucho o un "bloque glífico". Al estructurarse un cartucho, entran en combinación varios elementos glíficos con los que se representan diversas sílabas o a modo de afijos que modifican la función morfológica de la palabra. Esto último ocurre cuando la palabra así modificada adquiere el carácter de verbo, adjetivo, sustantivo, bien sea en estado absoluto o relacionado. Cada uno de los cartuchos o bloques glíficos aparece en las estelas y en otros monumentos, en objetos como vasos de cerámica y en los códices o libros, integrando secuencias lineales verticales u horizontales".²

Para finalizar el capítulo, se refiere a lo que denomina himnos y cantares, expresados fundamentalmente en la pintura mural teotihuacana. Hay que resaltar que aquí vemos uno de los glifos que van a perdurar a lo largo del desarrollo de los pueblos mesoamericanos con el mismo contenido: me refiero a las vírgulas o volutas que significan que se está hablando. Al referirse a esta expresión de la palabra, León-Portilla nos dice que existen afijos como son las flores o protuberancias presentes en los bordes de la voluta, los que se han interpretado como símbolos de "canto". También hay infijos que están ordenados verticalmente en una o dos columnas. Es necesario añadir que estos glifos en ocasiones salen de la boca de deidades, sacerdotes o animales, pero también de las manos de los primeros.

Algo interesante señala el autor al final del capítulo y es cuando se refiere a la correlación de los grafemas que están dentro de las volutas con fonemas del nahua "De hecho" —nos dice— "existen razones para afirmar que al menos una parte de la población teotihuacana hablaba dicha lengua".³

Existe un pintura teotihuacana que se le conoce como "mural de los glifos". Se encontró cerca de la pirámide del Sol y presenta una

² León-Portilla, *ob. cit.*, p. 60-61.

³ León-Portilla, *Ibidem*, p. 78.

deidad repetida en dos ocasiones con gran tocado y alrededor de ellas una enorme cantidad de glifos. También hay que mencionar el mural de las plantas, que llevan en el centro un glifo, actualmente en el Young Museum de San Francisco, pues son claro ejemplo de expresiones con un lenguaje específico.⁴

El capítulo II está dedicado a la literatura del periodo postclásico, siglos X-XVI d. C. empieza por objetar el concepto de "periodo histórico" que en ocasiones se ha dado a este momento del proceso mesoamericano. En efecto, ya no son sostenibles toda una serie de conceptos que tradicionalmente la arqueología había venido utilizando ya que su contenido ha sido totalmente rebasado en la actualidad. Para esta parte del devenir de los pueblos mesoamericanos, León-Portilla ve tres formas diferentes de testimonios que nos permiten aproximarnos a las expresiones del pensamiento y de la palabra. Estos son los vestigios arqueológicos, los diferentes códices mesoamericanos y los textos indígenas en náhuatl, maya y otras lenguas transcritas con el alfabeto latino.

Se inicia el análisis con los mayas, especialmente con la pintura mural, de la que el autor dice que son a manera de páginas de códices, aunque hace notar que estas expresiones pictóricas bien pueden inscribirse más dentro del campo de lo artístico que de lo literario. Menciona también algunos relieves como los de Chichén Itzá, pero en lo que va a poner mayor atención es en los códices mayas. Nos da algunos datos del nombre con el que se les conoce y otros pormenores, para pasar a la descripción de su contenido. Si tomamos como ejemplo el *Pereziano*, actualmente en la Biblioteca Nacional de París, pintado hacia los siglos XIII y XIV d. C., vemos que se divide en tres partes: la primera tiene ciclos de veintenas (katunes) con los actos rituales correspondientes; la segunda alude a los signos introductores del año; la tercera se dedica a cálculos calendáricos y prácticas rituales. El autor escogió el texto de la página 6 para darnos una idea de la lectura del mismo, hecha por cierto por Knorosov. En el centro de la lámina está el dios Chac, dios de la lluvia, portando una ofrenda que muestra a otra deidad difícil de identificar dado el deterioro del documento. Parte del texto se lee así:

Benévolo Señor que gobiernas,
Benévolo Señor . . .

⁴ Ver el catálogo *Teotihuacan*, Editado por Thames and Hudson, 1993, acerca de la Exposición Teotihuacana en el Young Museum de San Francisco, en particular el artículo de J. C. Langley "Symbols, Signs, and Writing Systems", p. 128-139.

... Lo que puede ser su destino adverso,
 El Dios Itzamná.
 (...) Es la venida del aliento favorable.
 ... Tiempo de hacer súplicas,
 ... el grano, maíz que alimenta,
 el dios sol se adueña del cielo...
 ... rige los años 1, 2 y 3 del Katún
 veintena de años de signo 7-Ahau...

El dios de la muerte además arruina,
 arden las sementeras.
 víctimas de la guerra serán
 los campos de maíz durante diez años;
 habrá apoderamiento,
 de los que trabajan en el campo.

El dios de la abundancia, el padre dios,
 es conquistado, proporciona el maíz que alimenta,
 brota en esta ocasión,
 dando orden a los valles,
 hay también amenaza de ruina,
 ... en este tiempo,
 el que lleva los dardos...⁵

Incluye León-Portilla un cuarto códice, el llamado *Códice Grolier*, cuya autenticidad ha sido puesta en duda.

Del mundo maya nos traslada a Oaxaca. Aquí tenemos un cúmulo de expresiones de diferente tipo entre las que menciona lápidas, pinturas, cerámica, huesos y desde luego los códices de la región. De las primeras nos menciona lápidas de la zona de Zaachila en las que destacan:

Seres humanos en diversas actitudes, elementos asociados con el universo de las realidades divinas, glifos calendáricos, onomásticos y toponímicos, integran una narrativa que es mito, historia y arte a la vez.⁶

Al hablar de la pintura mural, se refiere especialmente a la de la etapa mixteca de Mitla y Monte Albán, sin embargo, considero que las tumbas zapotecas de esta última ciudad y otras recientemente descubiertas como la de Huijazoo, contienen manifestaciones riquísimas de

⁵ León-Portilla, *ob. cit.*, p. 99.

⁶ *Ibidem*, p. 104.

verdaderas escenas rituales y glifos que pueden ser “leídas” ya que son portadoras de contenidos importantes.

No olvida León-Portilla la magnífica cerámica polícroma mixteca que en ocasiones incluye glifos, así como los huesos tallados de la tumba 7 de los que dice son micro-libros con representaciones pictográficas. Pero lo que llama más su atención, al igual que entre los mayas, son los códices mixtecos a los que dedica no pocas páginas. Considera cinco de ellos: el *Vindobonensis*, *Nuttall*, *Bodley*, *Becker 1* y *Colombino* este último procedente de Tututepec y, por cierto, el único códice prehispánico conservado en nuestro país.

A continuación trata las inscripciones nahuas en esculturas mexicas. Comienza con la Piedra del Sol o Calendario Azteca, haciendo ver el numeral “13 caña” que tiene en el lugar en donde parten las colas de las dos Xiuhcóatl que envuelven todo alrededor los demás símbolos. Quiero señalar que en el reciente estudio que hice de este monolito, expuse que el numeral mencionado, que corresponde al año 1479, bien podía tener un doble significado: el ya mencionado y también el del surgimiento del Quinto Sol, lo cual ocurre, precisamente, en un año “13 caña”. Igualmente asentamos que la piedra, que como sabemos desde hace muchos años estuvo colocada en posición horizontal, pienso que estuvo orientada conforme al movimiento del sol, es decir, que el numeral citado se encuentra en el oriente y las cabezas de las Xiuhcóatl hacia el poniente.⁷ Pero volvamos a nuestro tema. Las otras esculturas que menciona León-Portilla son la Piedra de Tizoc, en donde a su juicio se interrelacionan lo humano, lo cósmico y lo divino a través de los glifos y figuras; la lápida de la conmemoración del Templo Mayor el 18 de diciembre de 1487, festejo que fue acompañado de sacrificios de sangre, según se lee en su glífica y, finalmente, la lápida conmemorativa del reinado de Moctezuma II hoy en el Museo Time, Illinois, en la que vemos los distintos soles con la fecha del inicio del reinado de este gobernante.

El capítulo continúa con lo referente a los códices del centro de México, considerados como provenientes de esta región el *Borgia*, el *Fejérváry-Mayer*, *Laud*, *Vaticano B* y *Cospi*, por cierto que de este último hay un reciente estudio de Laura Laurencich Minelli y otros investigadores titulado *Calendario e Rituali Precolombiano*.⁸ A cada uno

⁷ Ver Eduardo Matos Moctezuma, *La Piedra del Sol*, 1992, México.

⁸ Laura Laurencich Minelli, *Calendario e Rituali Precolombiani, Códice Cospi*, Ed. Jaca Book, 1992, Milán, Italia.

se va refiriendo el autor indicando el lugar en donde se encuentran actualmente así como el rico contenido que poseen.

A partir del capítulo III dedicado a la supervivencia de códices y relatos históricos, comienza lo relativo a la etapa colonial. Es precisamente en este capítulo en donde nos habla de documentos tan valiosos para la historia antigua como son el *Tonalámatl de Aubin*, el *Códice Borbónico*, la *Tira de la Peregrinación*, los códices *Tlotzin*, *Quinatzin* y *Tepechpan*, además de la *Historia Tolteca-Chichimeca*. De aquellos elaborados a petición de autoridades españolas, trata del *Mendocino* y de la *Matrícula de Tributos*, con su invaluable contenido, el *Telleriano Remense* y el *Vaticano A*.

De la región de Oaxaca señala los códices *Bodley*, *Becker II*, y *Eger-ton*. De otras regiones mesoamericanas incluye documentos de Michoacán, Guerrero y Veracruz. Interesante resulta cuando nos describe los *Anales de Tlatelolco*, escritos en 1528. Se trata de la relación más antigua que se conserva del enfrentamiento con los españoles. Verdadero tesoro de la literatura náhuatl lo considera Miguel León-Portilla. No pasa por alto el manuscrito conocido como la *Leyenda de los Soles*, escrita en 1558. En cuanto a la zona maya, tenemos el *Popol-Vuh*, la crónica de *Nakuk Pech* y, desde luego los libros de *Chilam Balam*.

Acerca de lo aquí tratado, deseo mencionar la enorme importancia que adquiere la labor de los frailes que aprenden las lenguas vernáculas y hacen una verdadera tarea de investigación lingüística al transcribir a escritura alfabética, con base en los sonidos de las diferentes lenguas, mitos, historias, relatos, etcétera, dándonos muchos de estos documentos que hoy son de gran valor para quien desee penetrar en los pueblos antiguos.

Aunque para mí los dos primeros capítulos son de primordial importancia por tratarse del mundo prehispánico, en los siguientes capítulos vemos nuevamente referencias a él. Al tratar acerca de temas que, recogidos en la época colonial, nos ilustran acerca del pasado prehispánico. Así, el capítulo IV está dedicado a los *Huehuetlahtolli*, la antigua palabra, con información valiosa no sólo en cuanto al contenido de los mismos, sino también al estilo y a la manera en que se hizo la transcripción. El capítulo V se dedica a los poemas y cantos en donde se ven los orígenes, géneros y temas de ellos, incluidos los mayas y los otomíes. En el capítulo VI vemos un tema al que el autor ha contribuido de manera notable: la presencia de los poetas. Para terminar, el capítulo VII lleva el sugestivo nombre de "No acabarán mis cantos". Aquí estamos ante lo que considera un verdadero renacimiento de las lenguas indígenas que, aunque nunca dejaron de estar presentes, ahora cobran

un nuevo impulso gracias a poetas y escritores actuales que dejan en sus obras la riqueza de lenguas cuyo origen se pierde en el tiempo y que habrán de perdurar para siempre.

Para terminar deseo transcribir una parte del pensamiento de Joel Martínez Hernández, hablante del nahua, quien en 1983 escribió lo que sigue:

Nosotros los macehuales estamos por todas partes
De estas tierras de México . . .
Por esto bien podemos decir,
aunque quisieran que desaparezcamos,
los macehuales no nos extinguimos,
los macehuales crecemos, vamos en aumento . . .⁹

Queda pues, el testimonio recabado en este libro por Miguel León-Portilla que ha sabido adentrarnos en el mundo apasionante de la literatura mesoamericana del pasado y del presente. Las últimas palabras del autor en esta obra son relevantes:

Del gran caudal de estos testimonios de rostros y corazones indígenas, el presente libro ofrece algunas muestras, como introducción a la antigua y la nueva palabra, dignas de la atención que se les concede, cada día más grande, dentro y fuera de México. Son en verdad un capítulo de la que ha de ser algún día Gran Historia de la Literatura Universal, la de todos los tiempos, todas las lenguas y todos los hombres.¹⁰

EDUARDO MATOS MOCTEZUMA

⁹ Incluido por León-Portilla al final de la obra reseñada, p. 335-336

¹⁰ León-Portilla, *ob. cit.*, p. 336.